

Horacio Maceo

Dr. MARIA ISABEL ARIGOS
2da. Presidencia de Perón

I

EL CARACTER DEL PERONISMO. ORIGENES Y PRIMER GOBIERNO

El surgimiento del peronismo

Hacia el año 30 encuentra su límite el esquema de desarrollo que había hecho próspera a la Argentina de fines del siglo pasado y principios del presente. Esa Argentina "de los ganados y las mieses", cuya faz opulenta y portuaria avizoraba confiada un futuro de progreso sin límites, deja de ser viable.

En realidad, la expansión agroexportadora no podía ser duradera tal como estaba planteada. Hacia 1914 sitúan algunos¹ la total ocupación de las mejores tierras de la pampa húmeda, y con ello, el límite de la explotación extensiva.

La crisis que retrae las compras de las naciones desarrolladas y encarece las manufacturas, se hace sentir con particular fuerza en la factoría agraria. La oligarquía —bisagra que articula la relación de "complementación económica" entre la semicolonía y la metrópoli británica— debe adoptar con premura medidas defensivas que posibiliten la continuidad de su prosperidad.

Así nacen las primeras medidas dirigistas, destinadas a la preservación del sistema que se resquebraja: el control de cambios, las juntas reguladoras de granos y carnes, los precios sostén. "Llegamos así a la culminación del proceso económico colonial. La crisis de los años 30 y siguientes, al herir la médula de los intereses oligárquicos, puso de relieve las contradicciones del sistema de patrón oro al que el país había rendido pleitesía durante largas décadas. La inteligencia liberal

fue llamada a un esfuerzo de síntesis para dotar al país de nuevos instrumentos de política económica, cambiaria y monetaria que resolviesen la nueva situación planteada. El tránsito de la economía liberal a un nuevo sistema de economía 'dirigida' fue confiado a un grupo de técnicos que utilizaron esos nuevos instrumentos para perfeccionar la dimensión colonial, periférica y dependiente de la economía nacional"².

También tendrá lugar —al amparo de la crisis— cierto desarrollo industrial incipiente. La situación de la economía mundial y la debilidad estructural de la economía argentina, obligan a sustituir importaciones imprescindibles. "El proceso se basará, especialmente, en la expansión de una industria preexistente más que en el fomento deliberado de una diversificación que hubiera debido apoyarse sobre una coherente política de inversiones"³.

La industria nacional se fortalecerá así —en algunos rubros elementales— por imperio de las circunstancias, tal como ocurriera durante la Primera Guerra Mundial. Las élites dominantes buscarán proveer algún estímulo a ese proceso aún incipiente, en busca de un equilibrio que no pretende alterar en lo sustancial el orden económico establecido: el pacto Roca-Runciman procurará su apuntalamiento. "El convenio significaba la aceptación, por parte del Estado Argentino, de las reglas de juego impuestas por los ingleses para mantener en funcionamiento el intercambio bilateral. Esas nuevas reglas obligarían a una adaptación de la política económica de las clases dominantes argentinas, a fin de mantener la prosperidad del sector ganadero más privilegiado, no sin que otros grupos rurales menos poderosos sufrieran intensamente ese reajuste"⁴.

Pero la Segunda Guerra profundizará la tendencia antes señalada, y el aislamiento argentino renovará el impulso industrializador.

El crecimiento industrial urbano y la incipiente tecnificación agraria, empujarán hacia las ciudades la mano de obra que el campo expulsa. Miles de trabajadores rurales sin propiedad ni ocupación estable convergerán hacia los centros urbanos en busca de mejores condiciones de vida. "La intensidad de estas migraciones internas fue elevadísima, y durante la década 1936-1947 la proporción de argentinos nacidos en las provincias que se fueron a radicar en la zona metropolitana de Buenos Aires fue equivalente a casi un 40 % de todo el crecimiento vegetativo de esas mismas provincias. Fue un éxodo en masa por el cual vastas capas populares de las zonas subdesarrolladas —masas hasta ese momento en gran parte al margen de la vida política

del país— se radicaban en las grandes ciudades y en particular en Buenos Aires"⁵.

Así, el impacto de la migración interna modificó sustancialmente la faz de las ciudades grandes, especialmente Buenos Aires, tal como ocurriera décadas atrás con la inmigración ultramarina. Hace su aparición un nuevo proletariado criollo, de tez morena, que aprende a usar la pinza y el torno en lugar de la pala y el arado. Esa masa provinciana se desenvolverá en condiciones precarias: carente de experiencia gremial, no conocerá el sindicato y encontrará difícil su inserción en el nuevo medio social. Menos aún hallará un cauce apropiado para su participación en las estructuras políticas existentes. "Los rústicos pastores criollos descendientes del montonero epónimo se trocaron en obreros industriales y constituyeron la espina dorsal de nuestro joven proletariado. Venían sin tradición sindical ni política, elevados en la escala de la civilización al pasar del campo a la ciudad, envueltos en un nacionalismo elemental, vernáculo, ingenuo y hondo, que debía chocar necesariamente con las formas políticas arcaicas y europeizantes de los partidos sobrevividos de la ciudad-puerto"⁶.

Ese proceso creó las condiciones que dieron origen al peronismo, en abierta contradicción con una inverosímil fábula "gorila", según la cual Perón propulsó el traslado de población provinciana hacia Buenos Aires, con el fin de contar con una masa de "libre disponibilidad" política, como base de sustentación. (Este curioso argumento forma parte de un extenso arsenal de fundamentaciones destinadas a probar la malevolencia y el maquiavelismo del régimen peronista.)

El golpe militar que en 1943 quebró la ficción constitucional encarnada en el gobierno fraudulento del Dr. Ramón Castillo, mostró matices ideológicos tan cambiantes y contradictorios como lo eran los sectores que se disputaban su hegemonía: liberales aliadófilos, confusos representantes del nacionalismo católico, germanófilos confesos.

A poco, sin embargo, prevalecería en la conducción el grupo de militares nacionalistas nucleados en el GOU, sobre el cual tenía particular influencia el coronel Perón. Con el acceso de su amigo personal, el general Farrell, a la presidencia —fruto de su laboriosa estrategia— Perón contará con una base firme para desarrollar su acción política. Ocupará la Dirección Nacional de Trabajo —que luego será convertida en Secretaría de Trabajo y Previsión a instancias suyas— y desde allí comenzará a moverse con miras a obtener una base de apoyo popular para el gobierno militar.

El nuevo régimen —que había comenzado por intervenir una de las dos CGT existentes por entonces, así como los principales gremios de la otra— dará un viraje en su política laboral: el coronel Perón tomará contacto personal con muchos de los viejos líderes sindicales —provenientes en su mayoría del socialismo—, los escuchará y estimulará sus iniciativas y sus luchas.

El gobierno, a través de Trabajo y Previsión, propicia el fortalecimiento de la CGT y apoya la rápida formación de nuevos sindicatos en las ramas industriales donde antes no existían. El número de agrupaciones crece rápidamente: de 356 en 1941 a 969 en 1945. No se incrementa con la misma rapidez el número de trabajadores agremiados: de 441.412 en 1941 a 528.523 en 1945. La desproporción obedece a que, en muchos casos, se constituían agrupaciones paralelas ante la reticencia de las antiguas dirigencias de acercarse al gobierno⁷. Se crean en 1944 la Unión Obrera Metalúrgica, la Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar, el Sindicato de la Industria Vitivinícola, la Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina, entre otras agrupaciones⁸.

La actitud oficial frente a la clase obrera y a los conflictos laborales es ahora diferente. “Los obreros observaron con mirada penetrante la estupefacción del patrón ante el triunfo rápido y decisivo de una huelga, los fallos sistemáticos de Trabajo y Previsión en favor de los trabajadores; la insolencia del capataz que veja a una obrera, inmediatamente reprimida por la actitud amenazante de sus compañeros; la negativa de la policía a intervenir contra los trabajadores a pesar del pedido urgente de la otrora omnipotente empresa (...). El proletariado se hacía ‘peronista’ sin emplear ese vocablo, cada hora que pasaba, correlacionando sus ideas con los datos de la realidad inmediata y concentrando la defensa de su existencia en la persona de un hombre”⁹.

Más tarde —hacia fines de 1945— desde el gobierno, y a iniciativa de Perón, se impulsaron una serie de leyes y decretos que constituían una verdadera transformación en materia de legislación laboral y social: extensión de la indemnización por despido, de las jubilaciones, régimen de vacaciones pagas, aguinaldo, remuneración mínima para el trabajador en relación de dependencia. En 1944 se había sancionado el estatuto del peón rural, que fijaba condiciones mínimas de trabajo para quienes eran víctimas de una explotación secular. En algunos casos se trataba de la efectivización de viejas normas nunca aplicadas; en otros, de la creación de beneficios nuevos. En todos, por primera vez, el trabajo se sentía protegido e interpretado, y

encontraba respuestas a sus reclamos de dignidad y justicia.

Todo este proceso vaciará prácticamente al antiguo sindicalismo, creando una corriente adicta a Perón, que se nutrirá de muchos viejos dirigentes y del grueso de los nuevos trabajadores recién incorporados. El rechazo de las izquierdas tradicionales a la “dádiva” del aguinaldo, las separaría definitivamente de las masas.

Mucho se ha extendido la literatura política “científica” acerca del carácter de esta adhesión de la clase obrera al peronismo: el argumento más usualmente utilizado consiste en afirmar que las “masas en disponibilidad”, los sectores recién incorporados al trabajo industrial, carentes de experiencia política y sindical, vendieron su libertad a cambio de unas pocas ventajas materiales, demagógicamente concedidas por el “dictador en ciernes”.

Esta clase de argumentaciones revelan una profunda incompreensión, primero de lo que significaban ciertas conquistas materiales para aquellos que venían de los estratos sociales más relegados; segundo, de la medida en que esa elevación material se ligaba a una nueva situación no estrictamente material: el autorreconocerse como dueños de derechos y de la facultad concreta de ejercitarlos.

Aún autores insospechables de parcialidad con el peronismo, no pueden dejar de rechazar tales muestras de miopía sociológica: Peter Waldmann —estudioso alemán que trabajó sobre el tema— afirma: “Si tenemos en cuenta la actitud de rechazo con la cual la élite tradicional había acogido las tentativas de integración de las clases bajas, entre 1930 y 1943, y la comparamos con la plétora de reformas sociales que mejoraron en forma decisiva el status social y la situación económica de los obreros en un lapso de apenas dos años, comprenderemos que la toma de posición de los obreros con respecto a Perón estuvo en un todo de acuerdo con sus intereses y puede calificarse de racional y realista”¹⁰. Y otro autor de confesada filiación antiperonista, Gino Germani, apunta: “La libertad que creían haber ganado era la libertad concreta, inmediata, de afirmar sus derechos contra capataces y patronos, elegir delegados, ganar pleitos en los tribunales laborales, sentirse más dueños de sí mismos. Todo esto fue sentido por el obrero, por el trabajador en general, como una afirmación de la dignidad personal”¹¹.

Y todo esto explica suficientemente porqué cuando Perón fue desplazado de sus cargos —en 1945 ocupaba el Ministerio de Guerra y la Vicepresidencia, además de la Secretaría de Trabajo y Previsión— por la pre-

sión de los grupos más conservatistas dentro del gobierno militar, esas mismas masas obreras sintieron amenazadas sus conquistas materiales y su nueva situación social, y decidieron afirmar su protagonismo defendiendo al coronel que era su intérprete.

Así, como provenientes desde el fondo de la historia, avanzaron sobre el centro de la Capital Federal, y produjeron aquel 17 de octubre de 1945, que tanto disgusto estético inspiró a la pequeña burguesía "higiénica" de la ciudad-puerto —los caminantes fatigados sumergían sus pies en las fuentes— y que un político radical calificara de "aluvión zoológico".

Para la izquierda tradicional de la semicolonias —socialistas y comunistas— el fenómeno resultaba igualmente incomprensible: Perón era un "fascista" y la clase obrera no podía apoyarlo. Luego, quienes coreaban su nombre eran "desclasados", "lumpenaje"... 12.

Así, la oligarquía —que miraba bien por sus intereses— y buena parte de la pequeña-burguesía urbana presa de la "colonización pedagógica"¹³ —incluyendo las izquierdas— coincidirían en la Unión Democrática, bajo los auspicios del embajador norteamericano Spruille Braden.

Ese inusual apoyo explícito proporcionaría a Perón un argumento decisivo: la opción se planteaba en forma inequívoca entre Braden o Perón, dependencia o liberación...

Y el peronismo llegaría al gobierno en 1946, en comicios libres, cerrando toda una época de fraudes electorales. No era ese tumultuoso movimiento la obra personal de Perón. Perón era apenas el intérprete, la expresión de procesos inéditos, que dejaban atrás para siempre el viejo país y anticipaban algo totalmente nuevo. "Perón no creó el 17 de octubre; sería más correcto decir que el 17 de octubre lo engendró a él"¹⁴.

El proletariado hacía su ingreso en la vida política. No lo hacía a través de un partido obrero, ni con un programa propio y clasista —como lo reclamaban los teóricos de la revolución— sino participando de un movimiento heterogéneo y policlasista, "burgués por su ideología, proletario y popular por su base de sustentación, nacional por sus objetivos"¹⁵.

Ese movimiento, que entroncaba con las banderas nacionales del viejo yrigoyenismo, abandonadas por el radicalismo alvearizado y claudicante, arrastraría tras de sí a no pocos hombres de esa filiación, como a muchos dirigentes de la vieja izquierda, generalmente provenientes del sindicalismo. También vaciaría al antiguo conservadurismo "clientelístico", al ganarse a las peonadas rurales, que antes votaban inducidas por el pa-

trón o por los caudillejos locales. El impacto del peronismo sobre la estructura política tradicional dejaría descolocados a todos los antiguos partidos, al polarizar la vida nacional.

La revolución nacional que el peronismo inició

El peronismo —que encontraba en la clase obrera y el ejército sus dos pilares fundamentales— vendría a cumplir el papel histórico no asumido por las burguesías nacionales, débiles y casi inexistentes en la semicolonias: producir la modernización de la estructura productiva decadente, impulsando un rápido desarrollo industrial y recuperando para el país los resortes fundamentales de su economía. La miopía de esas burguesías las llevaría a serle hostiles, y sólo un sector de las mismas —que crecería al amparo de ese proceso— le otorgaría sustento más adelante.

Al mismo tiempo, produciría una modificación sin precedentes en la distribución de la riqueza; no sólo por la elevación de las remuneraciones: la justicia social —pivote de la política peronista— se implementaría en multiplicidad de formas, a través de la política social del gobierno en las áreas de vivienda, salud, educación, regímenes laborales, de previsión social, etc.

En esos primeros años de régimen peronista, el país cambió. Fue otra Argentina.

El gobierno emprendió la nacionalización de los servicios públicos en manos extranjeras: se adquirieron los ferrocarriles, se nacionalizaron los puertos, los servicios de gas, los teléfonos, los transportes urbanos, los servicios sanitarios, usinas eléctricas y depósitos portuarios; se creó la flota mercante; que pasó a ser una de las primeras del mundo y llegó —hacia 1950— a transportar la casi totalidad de la producción nacional exportable¹⁶. La nacionalización de los ferrocarriles permitió aumentar sustancialmente el material rodante y el volumen de carga transportado¹⁷. La de los servicios telefónicos posibilitó ampliar las redes beneficiando a un número mucho mayor de usuarios¹⁸. Otro tanto ocurrió con la red de gas, la electricidad, etc.¹⁹. Si esos incrementos resultaron insuficientes, ello obedeció al crecimiento aún mayor de los usuarios y de la actividad económica que demandó mayor infraestructura de servicios.

Se repatrió la deuda externa, eliminándose un factor de pérdida de divisas por vía de los intereses.

La nacionalización del Banco Central y de los depósitos del sistema financiero, recuperó para el Estado la

facultad de manejo del dinero y el crédito, controlando su cuantía y su destino como instrumento de fomento de la actividad económica.

El control de cambios, se convirtió "en un inapreciable instrumento de política económica general. A través de la fijación de tipos de cambios múltiples y de la regulación de las importaciones con vistas a la protección y fomento de la industria nacional, se dispuso de un elemento eficaz, flexible y oportuno que vino a sustituir con ventaja a los tradicionales instrumentos de regulación aduanera (tarifas y derechos) utilizados fundamentalmente con finalidades fiscales y no de protección y fomento industrial"²⁰.

La virtual nacionalización del comercio exterior mediante el IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio) permitió monopolizar la oferta exportadora —fijando precios mucho más convenientes y remunerativos al concertar las operaciones de gobierno a gobierno²¹— y regular las importaciones, resguardando la producción nacional. El Estado obtenía una diferencia en la comercialización de las exportaciones, que derivaba en parte hacia la industria, otorgando divisas a precios diferenciales para la adquisición de bienes de capital y materias primas esenciales, obteniendo así mismo recursos para financiar la inversión social. Esa política de transferencia de ingresos del agro a la incipiente industria, implicó el establecimiento de un nuevo equilibrio económico regional y sectorial, posibilitando un singular impulso hacia la industrialización y la diversificación productiva²², que esta vez no era producto de circunstancias externas, sino de un esfuerzo deliberado del gobierno.

Al amparo de tales políticas, la industria —especialmente la pequeña y mediana industria de capital nacional, en los rubros de consumo e intermedios— creció a un ritmo sin precedentes: el número de establecimientos pasó de 65.803 en 1943 a 104.000 en 1948; el de obreros ocupados, de 846.111 a 1.169.000²³. La tasa anual de acumulación de capital industrial, que había sido de —0,22 para el período 1940/45, subió a 8,24 en 1945/50²⁴. La participación de la manufactura en el producto bruto interno, que era de 18,4 % en 1930/34, alcanzó el 23,5 % en 1945/49²⁵.

La sustitución del capital privado extranjero por capital nacional, hizo que la proporción de capital extranjero sobre capital total descendiera del 20,4 en 1940 al 5,4 en 1949²⁶. "La Argentina ocupa en el período 1947/1953 uno de los cinco primeros lugares entre los países con menor transferencia neta de utilidades extranjeras 'per cápita'"²⁷.

En el señalado desarrollo industrial fue factor fundamental la ampliación del mercado interno, por la expansión del consumo popular: la participación del salario en el ingreso pasó de 44,4 % en 1943 a 56,7 % en 1951²⁸.

La fijación por el IAPI de los precios de los alimentos permitió abaratar el consumo interno, contribuyendo a mejorar el nivel de vida popular. En ese sentido, también fue fundamental la política social de construcción de viviendas, la extensión del sistema de salud, y la asunción por las obras sociales sindicales de nuevas funciones como el turismo social, que posibilitó —junto con las colonias de vacaciones estatales— el acceso a la recreación y el descanso de miles de trabajadores, que nunca habían conocido tales beneficios.

La transferencia de ingresos hacia el sector asalariado, con alta propensión al consumo, no impidió sin embargo la inversión, como suele argumentarse: la inversión total en la Argentina, a pesos constantes, aumentó de \$ 11.926 millones en 1930 a \$ 17.464 millones en 1948²⁹.

Las limitaciones de la industria liviana y la naturaleza del peronismo

La política aplicada había concretado éxitos notables en poco tiempo, sin embargo —como se vería— tenía aspectos vulnerables. Había sido encarada en un momento particularmente propicio: la posguerra había hallado al país en una favorable situación de pagos externos, y los precios internacionales de los productos agropecuarios eran altos.

Hacia 1949, el desarrollo encontraría obstáculos. La coyuntura internacional ya no era la misma y allí aflorarían las debilidades de la estructura lograda. La demanda internacional volvió a contraerse, empujando los precios hacia abajo, lo que se combinaba con una merma en la producción debida a factores climáticos.

Tales condiciones limitarían el crecimiento industrial, que seguía dependiendo de insumos y bienes de capital importados, cuyo abastecimiento se tornaba crecientemente difícil.

Se pondría así en evidencia que si bien el desarrollo del mercado interno y el abandono del patrón oro habían reducido la vulnerabilidad externa de la economía, el carácter dependiente de la misma no se había eliminado totalmente: el eje de la dependencia habíase trasladado de los bienes de consumo e intermedios, a las materias primas industriales, los insumos y los bienes

de capital que el país no producía. Las políticas implementadas por el peronismo, no revelarían igual eficacia frente a esa situación crítica, como en la fase ascendente del ciclo económico ³⁰.

Esta debilidad estructural de la industrialización alentada por el peronismo, sería motivo de numerosos análisis críticos.

La objeción más frecuente, es que si bien se estimuló poderosamente la industrialización sustitutiva de importaciones en las ramas menos complejas de la industria de consumo e intermedia, no se abocó a un esfuerzo análogamente intenso en la industria de bases, desperdiciando una oportunidad inmejorable para el "despegue" del país en este aspecto. Esta crítica, que suelen efectuar tanto desarrollistas cuanto liberales "aggiornados", tiene más de un aspecto para analizar.

En primer lugar, debe considerarse la coyuntura de posguerra, así como la naturaleza del peronismo. Las elites tradicionales —que el peronismo desplazó del poder político— planteaban en la posguerra el reacomodamiento de nuestro país como proveedor de materias primas y la reestructuración de los vínculos económicos que lo ataban a Gran Bretaña, con todo lo que ello significaba: el desmantelamiento de las industrias incipientes y "artificiales", el aumento de los saldos exportables, la transferencia de ingresos hacia el sector agropecuario. Por cierto, no era un camino expedito: la Argentina no podría retornar a la opulencia finisecular. Gran Bretaña había perdido su papel rector, y de la guerra emergían los Estados Unidos como eje de la economía occidental. La "complementación" con Estados Unidos nunca sería tan perfecta como lo había sido con la metrópoli británica.

No existían condiciones fáciles para el reequipamiento industrial intenso que la industria pesada hubiera requerido: las economías europeas estaban en proceso de reconversión desde la guerra y no había oferta de bienes de capital. Los saldos acumulados por la Argentina no eran de libre disponibilidad, y no permitían acceder a los mercados de Estados Unidos. Este aspecto debe tenerse en cuenta, pues se le ha criticado al peronismo haber distraído saldos externos en la repatriación de la deuda y la nacionalización de los servicios en lugar de adquirir equipamiento ³¹.

No existía en la Argentina una burguesía industrial nacional similar a las que en la Europa del siglo pasado fundaron el desarrollo industrial, posibilitando la acumulación de capital a expensas del proletariado. No había pues, entre las elites agropecuarias tradicionales y el peronismo, ninguna "tercera alternativa"

capaz de plantear la industrialización sobre bases distintas. El nacionalismo popular que encarnaba el peronismo, para enfrentar con éxito al statu quo representado en las elites semicoloniales, sólo podía apoyarse en las fuerzas que lo sustentaron: la clase obrera y el ejército, y más tarde —y en menor medida— un débil sector de burguesías nacionales que se desarrolló a su amparo. Régimen de características bonapartistas por sus bases sociales heterogéneas, debió emprender dos tareas simultáneas: sustituir desde el Estado a la burguesía nacional inexistente, para fundar un desarrollo económico "hacia adentro" e independiente, y realizar las tareas en rápida modernización social que en Europa realizaron las socialdemocracias. Así, la capitalización no podía hacerse a costa del consumo popular:

una férrea disciplina social le hubiera impedido al peronismo ganar el consenso necesario para desplazar a los sectores dominantes antiguos. No hubiera tenido apoyaturas posibles. Del mismo modo, la inversión social, en desmedro de la inversión productiva desde el Estado, respondía a iguales motivaciones.

Cierto nacionalismo —y cierta izquierda— que postulan la "revolución sin pueblo", olvidan estos detalles. También el desarrollismo, que reniega del "distribucionismo populista" ³².

Por lo demás, debe tenerse en cuenta que el esfuerzo industrializador durante el régimen peronista —si bien fuertemente estimulado por el Estado mediante la transferencia de ingresos restados al agro— quedó a cargo de empresarios privados. Así concebido, es difícil pensar en una industria pesada que produjera insumos o bienes de capital innecesarios aún, y sin mercado por la escasa expansión de la industria de consumo (habida cuenta también de que la industria pesada requiere inversiones de magnitud mucho mayor y no es rentable a corto plazo). El desarrollo industrial siguió, pues, una secuencia natural, desde el punto de vista de la economía privada: expansión del mercado interno, desarrollo de la industrialización productora de bienes de consumo final e intermedios, hasta crear una demanda para la industria pesada, concebida como fase posterior. (Se contemplaría en el Segundo Plan Quinquenal, ya afianzado el régimen.) Tal el tipo de argumentación planteada por Arturo Jauretche ³³ y otros autores ³⁴, en defensa de la política industrializadora del peronismo.

Con respecto al combustible, la infraestructura de transportes, etc., se seguiría desde el Estado un criterio semejante: ir respondiendo a las necesidades de la demanda. Aún cuando el desarrollo energético supe-

raria, en esos primeros años, con creces al período anterior³⁵.

La necesidad ya explicada de la modernización social del país —que respondía a la misma esencia de un régimen capaz de empujar a la oligarquía de las posiciones de poder, impensable sin ese rasgo— impediría comprometer más recursos en este esfuerzo.

Puede admitirse ese “retraso” como una debilidad del peronismo, en tanto su concepción económica nunca dejó de ser privatista.

Este aspecto —más allá de que pudo errarse por imprevisión o cortedad de miras en la asignación de las inversiones— debe tenerse muy en cuenta. Porque, ¿cuál era la alternativa para posibilitar una mayor acumulación sin deprimir el consumo y los niveles de vida de los sectores que sostenían al régimen? ¿Cuál era, más aún, el camino posible para emprender un esfuerzo dirigido hacia la industria pesada, priorizándola y prescindiendo del criterio del beneficio o la rápida rentabilidad?

Tal esfuerzo industrializador, en primer lugar, no podía ser ejecutado por los agentes económicos privados. Tendría que haber sido ejecutado con el protagonismo esencial y directo del Estado, por encima —aún a “contrapelo”— de las “fuerzas del mercado”. Por eso, resulta incomprensible que la objeción referida a la falta de priorización de la industria pesada provenga —en ocasiones— de quienes abominan del “dirigismo” y del “Estado empresario” y adhieren entusiastas al culto cuasi-religioso de tales “fuerzas inmanentes”.

Salvo que se propusiera como alternativa dejar que el país volviera a su especialización agropecuaria, a la espera de que la inversión externa produjera —más tarde o más temprano— las transformaciones necesarias para sentar las bases del desarrollo industrial. Cierta “izquierda” adhiere a esta alternativa: Juan José Sebrelli ha sostenido, en un libro publicado en 1983, que la Argentina podría haber accedido con provecho a una nueva “complementación” económica con la metrópoli emergente —Estados Unidos— si una élite dirigente de posguerra —equivalente a la del 80— hubiera implementado ese proyecto. El error habría sido procurar ser una nación no dependiente³⁶. ¡Qué imperialismo, si era desarrollo al fin...! Olvida, sin duda, que los años posteriores al peronismo, cuando la economía se “abrió” incondicionalmente, produjeron resultados bastante magros en cuanto a capitalización, desarrollo, niveles de endeudamiento y niveles de vida internos.

Volviendo al tema, finalmente, si el Estado hubiera realizado el esfuerzo industrializador, ¿cómo hacerlo sin desmedro del nivel de consumo, actividad y empleo, descartada la posibilidad de una rigurosa disciplina social y laboral, que hubiera requerido una dictadura y no un gobierno consensual (habida cuenta que también las dictaduras requieren apoyaturas sociales)?

Para posibilitar tal proyecto, la dictadura en cuestión —que debería necesariamente apoyarse en las masas populares— tendría que haber hecho recaer en mayor medida el esfuerzo en los sectores económicamente más poderosos y más beneficiados en la “dotación de factores de producción”: el gran empresariado rural. En todo caso, tales grupos económicos a los que se privó de una parte de sus beneficios, tras apartarlos del poder político —pero a los que luego se auxiliaría, precios sostén mediante, durante la crisis de 1950-52— deberían haber sido expropiados para que las exportaciones agropecuarias financiaran el despegue industrial.

Tal sería, en todo caso —y paradójicamente— la debilidad del nacionalismo populista, que le es enrostrada por variados especímenes de economistas liberales.

El mismo planteo —que formulado desde la izquierda adquiere mayor autoridad— no debe dejar de contemplar la misma naturaleza constitutiva del régimen peronista: una evolución de esa clase debería haber prescindido en mayor medida de sus componentes burgueses para apoyarse más decididamente en el proletariado recientemente expandido al amparo de su política. Pero el peronismo no lograría dar ese paso decisivo. Esto tendría apreciable incidencia en las dificultades que —a poco andar— obstaculizarían la marcha de la revolución nacional.

Tales obstáculos y vacilaciones son advertibles —particularmente— durante el período que abarca la segunda presidencia de Perón, aunque tienen origen —en algún caso— en los años inmediatamente anteriores. Esos son los procesos que procuraremos describir en los capítulos que siguen.

NOTAS

¹ Jauretche, Arturo, “El medio pelo en la sociedad argentina”, A. Peña Lillo Editor, Bs. As. 1976, pág. 190.

² Cafiero, Antonio, “Cinco años después”, Bs. As. 1961, pág. 184.

³ Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos, “Es-

- tudios sobre los orígenes del peronismo", Siglo XXI Arg. Edit. S.A., Bs. As. 1972, págs. 11-12.
- ⁴ *Ibíd.*, págs. 16-17.
- ⁵ Germani, Gino, "Política y Sociedad en una Epoca de Transición", Paidós, Bs. As. 1979, pág. 323.
- ⁶ Ramos, Jorge A., "De Octubre a Setiembre", A. Peña Lillo Editor, Bs. As. 1959, pág. 342.
- ⁷ Ver datos sobre crecimiento de entidades gremiales y número de afiliados en: Murmis y Portantiero, op. cit., pág. 81.
- ⁸ Sobre este tema puede consultarse: Senen González, Santiago, "Breve Historia del Sindicalismo Argentino", Alzamora Edit., Bs. As. 1974, pág. 55.
- ⁹ Ramos, Jorge A., "Revolución y Contrarrevolución en la Argentina: La Era del Bonapartismo", Ed. Plus Ultra, Bs. As. 1972, págs. 24-25.
- ¹⁰ Waldmann, Peter, "El Peronismo 1943-1955", Ed. Sudamericana, Bs. As. 1981, pág. 156.
- ¹¹ Germani, Gino, op. cit., págs. 241-242.
- ¹² Para las opiniones oficiales de ambos partidos sobre el tema del 17 de octubre, ver Ramos, J. A., "Revolución y Contrarrevolución en la Argentina: La Era del Bonapartismo", págs. 158-159.
- ¹³ Nadie como Don Arturo Jauretche describiría lúcidamente los mecanismos por los cuales la instrucción formal según el modelo liberal, es capaz de producir mitos y falacias conceptuales que se reflejan en la apreciación, también deformada, y falaz, de la realidad. De tal modo que el prolongado e intensivo sometimiento a la "colonización pedagógica" suele dificultar la comprensión de ciertos fenómenos. Es el caso de la clase media escolarizada, que adopta las categorías de pensamiento de la oligarquía. Conviene remitirse a su libro: "Los profetas del odio y la yapa: la colonización pedagógica", A. Peña Lillo Editor, Bs. As. 1975.
- ¹⁴ Ramos, Jorge A., "Revolución y Contrarrevolución en la Argentina: La Era del Bonapartismo", pág. 178.
- ¹⁵ *Ibíd.*, pág. 179.
- ¹⁶ Hernández Arregui, Juan José, "La formación de la conciencia nacional", Ed. Plus Ultra, Bs. As. 1973, pág. 409.
- ¹⁷ Jauretche, Arturo, "El retorno al coloniaje", Ed. del Mar Dulce, Bs. As. 1969, pág. 56.
- ¹⁸ Hernández Arregui, Juan José, op. cit., pág. 409.
- ¹⁹ *Ibíd.*, pág. 410.
- ²⁰ Cafiero, Antonio, op. cit., pág. 258.
- ²¹ Brailovsky, Antonio Elio, "Historia de las Crisis Argentinas", Ed. de Belgrano, Bs. As. 1983, pág. 141.
- ²² *Ibíd.*, pág. 142.
- ²³ Hernández Arregui, Juan José, op. cit., pág. 410.

- ²⁴ Esteban, Juan Carlos, "Imperialismo y desarrollo económico", Ed. Palestra, Bs. As. 1961, pág. 27.
- ²⁵ *Ibíd.*, pág. 23.
- ²⁶ *Ibíd.*, pág. 71.
- ²⁷ *Ibíd.*, pág. 86.
- ²⁸ Cafiero, Antonio, op. cit., pág. 123.
- ²⁹ Esteban, Juan Carlos, op. cit., pág. 46.
- ³⁰ Brailovsky, Antonio Elio, op. cit., pág. 143.
- ³¹ Ver estas críticas en Waldmann, Peter, op. cit., pág. 196.
- ³² Frigerio, Rogelio, "Síntesis de historia crítica de la economía argentina", Hachette, Bs. As. 1979, pág. 96.
- ³³ Jauretche, Arturo, "El popular", n.º 7, Bs. As. 27/10/60, pág. 8.
- ³⁴ Esteban, Juan Carlos, op. cit., pág. 18.
- ³⁵ Hernández Arregui, Juan José, op. cit., pág. 411.
- ³⁶ Sebrelli, Juan José, "Los deseos imaginarios del peronismo", Legasa, Bs. As. 1983, págs. 151-153.